

TRIBUNA ABIERTA

CULILLO



POR ANTONIO
NARBONA

El resquebrajamiento de la verdad informativa que supone un mal uso idiomático daña a la sociedad más de lo que se cree

EL desparpajo expresivo con que el Consejero de Salud (y Familia) de Andalucía ha hablado del desaprovechamiento del *culillo* de las dosis de la vacuna contra la pandemia, ha generado una avalancha de comentarios de todo tipo en los medios audiovisuales y escritos. En los juicios favorables es recurrente calificar ese diminutivo de *culo* de «genialidad del habla andaluza».

Pues no. En el Diccionario académico, el que figuran acepciones varias —miedo, angustia, rabia, enojo, impaciencia...— asociadas a Colombia, Ecuador, Venezuela, Cuba... (y así hasta 11 países), no hay marca alguna de *andalucismo*. Y entre los diez usos recogidos en el *Tesoro léxico de las hablas andaluzas*, desconocidos todos por la mayoría de los andaluces, sólo aparece uno cercano al que aquí nos ocupa, pero como propio de ¡Bémez de la Moraleda!, un pueblo de apenas 1.500 habitantes de la comarca jienense de Sierra Mágina.

¿A qué viene, una vez más, el «protagonismo» andaluz? Porque la reacción no hubiera sido muy distinta si en circunstancias parecidas se le hubiera escapado a un político castellano o argentino tal vocablo, otra variante (*culito*, *culín*), o el simple positivo (*culo*), sin sufijo alguno. Sobre todo, inserto en cualquiera de las más de treinta expresiones de que forman parte, casi todas malsonantes (*estar hasta el c...* de casi todo, mandar a cualquiera a *tomar por c...*, etc.) o coloquiales, adjetivo este con que se pretende camuflar su impropiedad en comunicaciones con cierto grado de formalidad. Hasta las «inocentes» *caerse de culo*, ser un *cul[ill]o* de mal asiento... se consideran vitandas fuera de las situaciones de gran confianza.

Hace casi un siglo, Amado Alonso, uno de nuestros más grandes filólogos, que vivió (¡qué remedio!) más tiempo en América que en España, (de)mostró que para lo que menos utilizamos los diminutivos es para empequeñecer o reducir, algo en muchos casos ni siquiera posible (porque se diga *ya tiene sus añitos*, estos no dejan de tener 12 meses). Nos sirven, sobre todo, para exteriorizar y provocar emociones (¡*cuánto quiero a mi mujercita!*), para preparar al interlocutor (*te iba a hablar de un asuntillo...*), para hacer que alguien se decida a dar una limosnita (lo más cuantiosa posible), *por favor*, y muchas intenciones más.

De todo eso se hace uso y se abusa, no sólo, ni especialmente, en Andalucía, sino todo el inmenso dominio hispánico. Pero, como en todo comportamiento idiomático, no es la cantidad lo que cuenta, sino el acierto. Si el propio Presi-

dente del Gobierno de España dice en su casa durante la comida *queda un culillo [o un culín] ¿quién lo quiere?* poco va a importar ni a los periodistas ni a nadie. Pero ante micrófonos y cámaras, es otra cosa. Es obvio que el responsable político andaluz no atinó, su elección fue algo más que chirriante, no sólo por la situación en que la hizo, sino porque el asunto era el menos apropiado para ensayar la distensión. Tras casi un año de confinamientos y restricciones, los ánimos —y los cuerpos— no están para salidas de tono e intervenciones fuera de lugar. Ya una vez (algunos lectores lo recordarán) un Ministro se refirió a un «bichito [diminutivo no "malsonante", aunque en algunas de sus acepciones *bicho* resulta "despectivo"] que, si se cae, se mata», y se armó la que se armó. La gravedad de la situación que arrastramos desde hace casi un año no es propicia para ligerezas verbales en público. Aunque puedan provocar la risa, no hacen gracia.

Porque, aunque el diminutivo también sea arma eficaz para hacer reír (y no me refiero al burdo aprovechamiento de un juego léxico-fonético en *ponerle [H]er-culito a alguien*), hay que saber disparar. Como cuando el caballero Don Quijote, en plan despectivo y retador, pretende



ABC

que el leonero abra las jaulas, para enfrentarse a las fieras más grandes que han atravesado por España: «¿Leoncitos a mí, a mí leoncitos, y a tales horas?» (me permito invitar a releer íntegra «la felizmente acabada aventura de los leones» —cap. XVII de la Segunda Parte—, me lo van a agradecer).

Pero *hablar* en público de cosas serias es muy serio. La reciente equiparación que un vicepresidente del Gobierno español hizo entre la situación del prófugo Puigdemont y la de nuestros exiliados por antonomasia no es un desliz o patinazo verbal que pueda acallarse remitiendo al *Diccionario*. Si se ignora o se prescinde de la visión del lingüista, es alto el riesgo de incurrir en falsedades o/y estupideces, que se difunden con gran facilidad y no pueden ser desmontadas. El resquebrajamiento de la verdad informativa que supone un mal uso idiomático daña a la sociedad más de lo que se cree. No siempre se llega tan lejos, pero el usuario que tiene proyección social ha de conocer cuándo puede recurrir a un término o giro y en qué contexto hasta un diminutivo es un fracaso.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA